

**ADRIÁN PEREA**

**MIHURA.  
EL ÚLTIMO COMEDIÓGRAFO**

**OBSERVEN A ESTOS  
HIJOS DE PUTA**

**MÍNIMATEATRO, 25**



**PUNTO DE VISTA EDITORES**

## SUMARIO

PRÓLOGO DE SERGI BELBEL	9
MIHURA. EL ÚLTIMO COMEDIÓGRAFO	17
OBSERVEN A ESTOS HIJOS DE PUTA	107

## PRÓLOGO.

### EL DE DESPUÉS DEL ÚLTIMO

Fue hace casi un año, más o menos (¿¿nada más?!). Principios de otoño de 2023. Me llama Toni Casares, director de la Sala Beckett de Barcelona y gran amigo. Sergi, ya sabes que tenemos una especie de beca o tutoría («residencia de escritura», le llaman) para jóvenes autores durante algunos días en la Beckett; este año hemos acogido a un chico madrileño y la semana que viene va a estar por aquí. Se llama Adrián Perea, es realmente joven y ha pedido, entre otras cosas, poder tener una charla contigo, si es posible. (Hay que ver, qué cosas de pedir, pienso enseguida). Mándame las obras que el chaval madrileño ha escrito, le digo a Toni. Me manda dos, una de ellas coescrita con Álvaro Nogales, *Las juventudes*, y la otra escrita solo por él, becada por el Centro Dramático Nacional, y de título realmente estrambótico: *Las catástrofes que verán los chavales de la plaza*. Las leo. Ambas obras, especialmente esta última, la únicamente suya, me impactan. Pero de verdad. No de «Te estoy agradecido por querer conocerme, jovencito intrépido, qué bonita tu obra»; sino de «Pero ¿tú quién eres?, ¿de dónde sales?, ¿cómo es posible que un chaval como tú, al que aún le falta bastante para cumplir los treinta, sea tan bueno, escriba tan bien, me haga reír, pensar, emocionar hasta tal punto?».

Nos citamos. Primero en el bar de la Beckett (el mejor bar de teatro de Barcelona, de Cataluña, de España, de Europa, probablemente del mundo entero). Se vuelven las tornas. No sé

por qué demonios pidió él por conocerme. ¿Es amante de las reliquias? Bah, ahora es lo de menos. Lo que deseo es conocerlo yo a él. El encuentro en la Beckett se convierte, pues, básicamente, en agradecimiento mío, en la expresión de mi sincera emoción por conocer al autor de esos dos textos, por joven que sea. Se lo pregunto a la cara. Oye, Adrián, ¿tú de dónde sales? Pues yo qué sé, de la Resad, me responde aquella criaturita con pinta de postadolescente angelical, sonriente, de piel muy blanca, gafas enormes de pasta transparente y manos frágiles y expresivas. Pásamelo todo. Me manda otro texto y un video de un espectáculo donde, además, es actor (junto con Nogales): *Los chicos de Baker-Miller*. Nos volvemos a citar en mi estudio. Me dice que en diciembre y enero del 24 vuelve a Barcelona para estrenar en un pequeño (y prestigioso) teatro de Barcelona, la Brossa, un texto suyo... en catalán: *Observin aquests fills de puta*, con una joven compañía: Duo Fàcil. Nos liamos a hablar de esto y de aquello. Y ya está. A partir de ahí, somos colegas de profesión. Conversamos y nos tratamos como si nos conociéramos de toda la vida (de ahí el «¡¿nada más?!» de la primera frase de este prólogo). Le pregunto cuándo se va a poner en escena *Las catástrofes...* en el CDN porque me tendrá ahí en primera fila en el estreno para ovacionarle (y para tragarme la envidia por no haber podido dirigirla). Me dice que no solo la obra no tiene fecha de estreno sino que nadie, ni del CDN, ni de ningún otro teatro, le ha hecho ninguna propuesta para llevarla al escenario. Me resulta absolutamente inconcebible.

Recuerdo cuando años atrás yo era director de un teatro público (el Teatre Nacional de Catalunya). Si hubiese caído un texto así en mis manos lo hubiera programado en el acto, y en una producción de las de «Sala Gran». No todos los días

aparece un texto así, con esa potencia, y más, surgido de la pluma de alguien tan joven. Supongo que mi entusiasmo por su escritura nos lleva a hablar apasionadamente de dramaturgia (palabra fea donde las haya), de las artes escénicas en general, de escritura teatral, de las dificultades, las oportunidades, las vicisitudes, las injusticias... De las pasiones. De la vida. Conectamos enseguida. No importa que nos llevemos más de treinta años. Parecemos hablar un mismo lenguaje. Es lo que tiene el teatro. Está por encima de las lenguas, de las culturas, de los tiempos, de las latitudes. Y, por supuesto, de las modas.

Cuando Adrián regresa a Barcelona para ensayar *Observin aquests fills de puta*, texto que ahora publica en su versión original española Punto de Vista Editores y para el que estoy escribiendo este prólogo caótico y tan poco canónico, me llama para que vea un ensayo previo antes del estreno y ahí confirmo, definitivamente, que Perea va a ser, si no lo es ya, una de las grandes voces dramáticas del nuevo teatro español. El del siglo XXI.

Nos volvemos a ver al cabo de unos meses en Madrid, donde veo de nuevo, esta vez «en vivo y en directo» el *Barker-Miller*, en la Margarita Xirgu del Español. Constató que lo que pensé de Perea en el estreno de *Observin...* (aquí junto a su buen amigo Nogales) es cierto. Domina los entresijos de la comedia a la perfección, incluso como intérprete ocasional. Y vestido de rosa, y con sus mismas gafas. Sabe reírse se sí mismo y nos hace reír. Sus diálogos están llenos de chispa, de destellos de genialidad, como la de los grandes *comediógrafos* teatrales y también cinematográficos, desde Neil Simon a I. A. L. Diamond. O el mismísimo Rafael Azcona.

¿Qué tiene la escritura de Perea que me haya cautivado hasta tal punto? *Las catástrofes...* me conectó, desde la primera

réplica, con un sentido del humor que hacía tiempo que no «leía» en ningún texto contemporáneo (por regla general, en estos últimos tiempos, generalmente tan cargados de buenas intenciones —o de «buenismo»— como de didactismo insufrible cuando no de moralina barata, ¿a santo de qué tenemos que ir al teatro para que nos digan desde la primera réplica lo malo que es ese personaje y lo bueno que es aquel otro?, ¿o para que nos adoctrinen y nos regañen con una superioridad moral espeluznante e insufrible?, ¿por qué demonios cuesta tanto encontrar textos de autores que no se tomen tan en serio a sí mismos...? Y cierro ya el paréntesis, que si no, acabaré ahogándome). Sí. El sentido del humor. Tratando todos los temas candentes. De rabiosa actualidad. El futuro incierto de la humanidad, la decadencia del sistema capitalista, la precariedad laboral, la tragedia de la desigualdad, la falta de esperanza... Pero sin dejar de reír. Y sin dejar de lado la emoción. Ese es el poder, entre otras cosas, de la escritura de Perea. Emocionarse y, sobre todo, reír leyendo teatro es algo bastante insólito. Y *Las catástrofes...* es una obra que trata del manido y muy «trascendental» tema del cambio climático pero es una comedia. De las buenas. No de las de «reír de», sino de las de «reír con». Perea se ríe no *del* cambio climático, sino *con el* cambio climático. Cuando la acabé de leer recuerdo pensar: YA ERA HORA. POR FIN. LA ESCRITURA DRAMÁTICA DE ESTE PAÍS (especialmente la de la denostada «comedia») ESTÁ SALVADA. Y así se lo hice saber a Adrián. Por fin un joven que escribe como los dioses (porque la escritura de Perea tiene una calidad literaria y dramática indiscutible, como comprobarán enseguida) y que no solo no pretende adoctrinar a nadie, sino que sabe reírse de la desgracia del mundo como los más grandes autores de comedia de toda la historia del teatro (Aristófanes,

Shakespeare, Lope, Molière, Marivaux, Goldoni, Labiche, De Filippo, Ionesco...), y que, encima, conecta con dos de los dramaturgos españoles más geniales, iconoclastas e irrepitibles del siglo xx: Jardiel y Mihura.

«Mi próximo proyecto es justamente escribir una obra sobre cómo Miguel Mihura escribió —y lo que tardó en estrenar— *Tres sombreros de copa*», me dijo en una de las ocasiones en que compartimos bebida, o comida, y, por supuesto, conversación. Hablamos de la dificultad de escribir comedias en nuestro tiempo (o «el arte nuevo de hacer comedias en este tiempo...» como diría nuestro clásico hispánico más prolífico y didáctico —que no profiláctico—). De cómo la crítica «especializada» (compuesta generalmente de *señores* solitarios, mal vestidos y sudorosos) destripa, desprecia, ignora, infravalora y sigue considerando la comedia como género menor (qué grande Umberto Eco al escribir *El nombre de la rosa*, fabulación sobre cómo llegó a desaparecer en la baja Edad Media la segunda parte de la *Poética* de Aristóteles, dedicada al estudio de la comedia; nunca sabremos qué opinión tendrían ahora los *señores* eruditos sobre la comedia si ese escrito no hubiese desaparecido, tal vez no la despreciarían tanto).

Adrián me dice que va a titular la obra sobre Mihura con un título bastante convencional, casi de película de Hollywood: *Mihura, el último comediógrafo*. (Creo recordar que dudó con otro título bastante más gamberro: *Mihura lo que has hecho*). ¿Sí? *El último comediógrafo*... ¿seguro? Hablamos de la diferencia entre autor dramático y «comediógrafo». Le comento que como el título de la obra es en castellano, estoy de acuerdo con él, pero que si fuese en catalán, debería titularla el «penúltimo» comediógrafo. Porque mi amigo Jordi Galceran (autor de, entre otras, *El método Grönholm*, *Burundanga*, *El Crédito*,

*Fitzroy...*) es, sin lugar a dudas, un auténtico *comediógrafo* y está vivo y coleando. Y no para de encadenar éxito tras éxito aquí y en medio mundo, y siempre *comedias* (tengo el enorme privilegio de ser —casi siempre— el primer director que las pone en escena). Por lo tanto, Galceran sería nuestro *último comediógrafo*, si escribiese sus obras directamente en castellano (sus versiones originales siempre son en lengua catalana). Como no es así, y ya que otros grandes autores que han escrito comedia, posteriores a Mihura (desde el gran Sanchis Sinisterra a Alonso de Santos, pasando por Ernesto Caballero, Fermín Cabal, Ignacio del Moral y tantos otros), también son y se consideran autores *dramáticos*, podemos convenir, como indica Adrián Perea en el título de esta última y grandísima obra suya, que, en efecto, Mihura es... el *último comediógrafo* español o, más exactamente, del teatro español (escrito originalmente en lengua castellana).

¿Qué van a encontrar los lectores en *Mihura, el último comediógrafo* y en *Observen a estos hijos de puta*? Intentaré, como se dice ahora, no hacer demasiados *spoilers*. O ceñirme solo a los inevitables. En *Observen...* nos encontramos con una estructura de escenas más o menos breves (o *sketches*) aparentemente desconectadas y llenas de un humor ácido, algo surreal e iconoclasta. En un mundo casi apocalíptico, los pelotazos urbanísticos de un magnate vinculado al mundo del fútbol y de las finanzas, de nombre propio muy reconocible, parecen ser el hilo conductor que teje subterráneamente las escenas y los personajes. Las escenas funcionan a la manera brechtiana, cada una por sí misma, aunque al acabar de leer la última advertimos que forman parte de un todo sutilmente trabado y bien articulado. Cabe destacar la valentía de alguna de las escenas centrales, las más directas, en las que se manipulan

datos casi a la manera del teatro «documental». Perea juega con las modas teatrales de manera divertida y bastante gamberra. Sin anhelo de trascendencia, por suerte.

La «autoficción», de la que el gran Sergio Blanco es sin duda todo un maestro, aparece en todas las obras de Perea con un sentido del humor absolutamente personal y no exento de autocrítica. Su denuncia de «financiación irregular» en el caso de *Observen...* es hilarante. El autor, de nombre Adrián Perea, ha cobrado dos veces por el mismo trabajo. Y dinero público. (Creo que, en el plano real, devolvió una de las partes cobradas, para tranquilidad de todos). La autoficción funciona aquí como autoflagelación irónica: ¿cómo se puede realizar una crítica feroz a uno de los empresarios españoles más famosos (y supuestamente corruptos) si quien realiza dicha crítica es el primero que acepta una corruptela, por pequeña que sea? Dicen que *El regador regado* de los hermanos Lumière fue la primera película de ficción de la historia del cine (una *comedia* perfecta, por cierto, de cuarenta y nueve segundos). Pues Perea tiene la grandeza de «mojarse» a sí mismo dentro de su obra, él el primero. O sea: además de buen autor, es perspicaz y sumamente inteligente. Y, como Molière, describe y ataca con humor y ternura los vicios de su tiempo. El chaval lo tiene todo.

Su último texto escrito, *Mihura...* son, al menos para mí, palabras mayores. Perea recoge la tradición y la renueva (qué emocionante es ver cómo un joven autor consigue tal proeza, cuando muchos de ellos *reniegan* de la tradición, o pretenden hacernos creer que antes de ellos no existía nada). Lleva de manera simple y diáfana el siglo xx al siglo xxi. Con una obra cuya estructura es aparentemente convencional (los tradicionales «tres actos»: De Miguel, A Mihura, Hasta hoy.) La triste

historia de un gran autor de comedia que tardó veinte años en estrenar su obra más genial y personal, escrita para fijar en el tiempo una pulsión amorosa apasionada (y pasajera). La historia de un director y una joven compañía de universitarios intrépidos en una España oscura que se atrevieron a montarla. Y finalmente, su propia historia, la de Adrián Perea (aquí sin nombre propio, solo «Dramaturgo») contándonos esta historia y «completando» en su ficción lo que el tiempo y el azar, o tal vez el destino, o simplemente «la vida misma», nunca completó. Tres actos que componen la que para mí es, sin duda, una de las mejores comedias que se han escrito en el teatro español en todo el siglo XXI. No voy a diseccionar aquí nada. Ni voy a intentar justificar mi ditirámbica opinión sobre la obra, ni analizar los personajes, la escritura, la «dramaturgia», la estructura de «mise en abîme», el retrato de tres épocas distintas, la fragilidad del deseo, la fuerza del amor como motor creativo, etcétera, etcétera... Léanla, sin más. Y, después, vayan a verla, cuando, esta sí (enhorabuena a los programadores), se estrene en un teatro público de Madrid (qué rabia me da no poder tener el privilegio de dirigirla), y ya me dirán.

Vista la trayectoria fulminante de este joven autor, su amor y devoción por el teatro, y en particular por la comedia, podemos afirmar que si Mihura fue nuestro último gran comediógrafo, Adrián Perea es *el de después del último*. O el *primero* de nuestro tiempo nuevo. Primero, no solo desde un punto de vista temporal, sino también en un sentido más amplio. El más grande.

Y me da la sensación de que lo va a ser por muchos años.

SERGI BELBEL

# **MIHURA. EL ÚLTIMO COMEDIÓGRAFO**

Estrenada el 22 de mayo de 2025 en Nave 10 Matadero (Madrid)  
bajo la dirección de Beatriz Jaén.

*A mi amigo Álvaro Nogales,  
que me soporta y, sobre todo, se ríe conmigo.*

Pero hay otra cosa en la que coincidimos, creo, y es que... Tenemos muchas aspiraciones artísticas, pero nunca hemos renunciado al gran público, ¿no...? Como que *La mesías*, yo creo, os pone un poco en ese punto que para mí fue *El madrileño*.

C. TANGANA, *Un cocktail con Javier Ambrossi,*  
*Javier Calvo & Little Spain*

## DRAMATIS PERSONAE

Por orden de aparición y para un reparto mínimo de siete intérpretes

MIHURA	ALADY	AGUSTÍN
MIGUEL	HILDA	FERNANDO
PRODUCTOR	ERIKA	CONCHITA
MADRE	ORFILIA	BLANCA
PADRE	BUBY	LUIS
JERÓNIMO	UN SEÑOR	SOBRINA
ARNICHES	JULITA	DRAMATURGO
GARCÍA ÁLVAREZ	RECEPCIONISTA	SHEREZADE
ESPECTADORA	LA DE LA TOJA	REGIDORA
MUÑOZ SECA	GUSTAVO	
ENCARNITA	GLORIA	

*Mihura sale a escena y se dirige directamente al público. Tras él, Miguel escribe a máquina desde su cama.*

MIHURA. Escribir teatro es una de las cosas más endemoniadamente difíciles que el ser humano ha inventado para poder ganar dinero. Y yo por eso, siempre que pude, me resistí a hacerlo.

Me resistí a pesar de que muchas señoras, niños y monaguillos me gritasen por la calle: «Vuelva a escribir usted, Miguel». «¡Escriba!». «¡Escriba bonito, escriba bien...!». Y eso que yo siempre le ponía a todo sus diéresis y escribía la palabra *quion* de forma distinta cada tres meses, como manda la Academia.

Yo no escribía nada, a menos que necesitara el dinero. Es así. Por eso cuando tenía dinero no escribía ni una comedia y los empresarios teatrales me perseguían agitando un catálogo de Galerías Preciados para que gastase y tuviera así que trabajar una vez más. Pero al final... Al final les salí rana.

En mis últimos años, con la pensión de la Sociedad de Autores y lo poco que tenía ahorrado, no volví a escribir nada más.

Y no sentí pena, ni tristeza, ni melancolía... El éxito y el fracaso me importaban un rábano ya. Yo solo quería pasar el tiempo que me quedase leyendo novelas policíacas y echándome la siesta.

De mí, ahora que ya no estoy, dicen lo mismo que pensé que dirían: «*Maribel* es una de las mejores comedias de Mihura. Sin embargo, *Milagro en casa de los López* es una buena mierda». Pues bien, es verdad. Y cómo es verdad, dirán... «Pues es verdad...». Pero muy pocos saben todo lo que antes ocurrió.

La historia de aquel muchacho que escribió su primera obra sin saber, sin tener ni idea, sin experiencia... Con veintisiete años y únicamente por pasar el rato. Por divertirse. Por una operación de pierna que le obligó a pasar tres años inmóvil en una cama. Cosa que resulta aún menos divertida cuando la cama es la de uno y no la de Sara Montiel... Y esto último lo afirmo por experiencia.

La historia de cómo Miguel llegó a Mihura. Y de cómo Mihura existe gracias a Miguel.

Esto que ven hoy aquí es lo último que salió de mi pluma. Una pluma que temblaba a la vez que lo hacía mi corazón, ya que con él también escribía.

Así que, solamente, les rogaría que, si les gusta, lo apreciaran. Y que, si no, que no se preocupen, que no pasará nada, que yo no me molestaré. Que únicamente lo haré si durante el transcurso suena algún teléfono o si no aprovechan la canción que viene ahora para abrir sus caramelos de café. Es una canción muy bonita, ya lo verán...

Y la historia... Bueno... La historia es la que es.

Y nadie puede cambiarla.

## PRIMER ACTO DE MIGUEL...

1933

*Despacho de un Productor teatral.*

PRODUCTOR. Adelante, Miguel, adelante... Esta obra... Esta obra tuya es estupenda, Miguel. De lo mejor que he leído en años. No, de verdad. Una delicia. Una auténtica delicia. Ayer mismo se lo decía a mi mujer. Le decía, Concepción esta comedia es lo mejor que he leído en años. «Pero ¿cómo va a ser eso posible?», me dice. Lo que oyes. «Cómo exageras José Juan...». ¿Qué yo exagero?, le digo. ¿Qué yo exagero...? Y tú estás sorda como una tapia, Concepción. «¿¡Qué!?!», me dice... «¿¡Qué!?!». ¡Que esta obra es muy buena, mantecadito mío! «¡Pues si es tan buena se ha de estrenar, cerdo oportunista!», me suelta. ¿Cómo?, le digo. ¿Cómo...? ¿Puedes repetirme eso último otra vez, ¡vaca burra...!?! «¡Especulador!», me dice. ¡Matusalén!, le respondo. «¡Hijo puta...!». No, no, no... Un desastre. Un verdadero desastre... Nos vamos a separar. Pero no por su obra, eh. No crea, esto ya... Viene de lejos. Desde la *Iliada*, imagínese... Ella emperrada con la cuestión homérica día sí y día también, me pone histérico... Pero, coño, ¿no ves que tanto la *Odisea* como la *Iliada* son narraciones populares que se han ido transmitiendo de forma oral a lo largo de generaciones antes de ser finalmente registradas

por escrito y evidenciando que es el resultado final de la colaboración entre varios poetas? ¿¡Cómo cojones va a escribir todo eso un solo tío...!? Pues nada, ella... Ahora, también le digo... La culpa de todo esto es mía. Sí, sí, mía... Mía por casarme con una homérica. No, ni se le ocurra, eh, Miguel... Usted si se casa lo hace con una aristotélica de toda la vida que dan menos problemas y tienen la cabeza más amueblada... Mire, si mi mujer fuera aristotélica y hubiera leído su obra, ¿sabe qué hubiera dicho...? Que por supuesto, que claro que se ha de estrenar, pero que ha de hacerse bien. Como se estrenan las grandes obras. Porque este texto no es bueno, Miguel... Este texto es cojonudo. Este texto va a cambiar la historia de este país. Qué digo la historia de este país, ¡la historia de la literatura dramática mundial...! Que sí, hágame caso a mí. Que de otras cosas no sé, pero de esto... Esto es una joya, Miguel. Y las joyas están para exhibirse, para que todo el mundo las vea. Y esto se tiene que ver. Se tiene que ver ya, cuanto antes. Esta comedia se tiene que hacer, Miguel. Se tiene que hacer. Pero aquí no.

MIGUEL. ¿Cómo?

PRODUCTOR. Aquí no porque es que acabamos de cambiar todas las butacas de platea y, como estrenemos esto, la gente las va arrancar. Se van a volver locos. Van a decir: «Pero ¿¡qué es esto, qué es esto...!?».

MIHURA. No fue aquella la primera vez que yo escuchaba algo así.

PRODUCTOR. Los niños llorando, las señoras con las petacas de coñac rociando el teatro, buscando las cerillas... No, hombre, no, no...

MIHURA. En aquel tiempo yo había acabado mi primera comedia y me encontraba feliz, pletórico con el resultado. Y por eso, nada más terminarla, se la di a leer a un grupo de amigos, humoristas en su mayoría, a los cuales les pareció una obra bastante divertida y entrañable... Pero totalmente irrepresentable.

PRODUCTOR. Si es que la obrita... La obrita tiene tela, Miguel. No es una nadería esto, es una revolución. Y las revoluciones están muy bien, sí. Pero en Francia. Aquí no. Aquí las revoluciones de a poco y en casa, ¿entiende...? ¿Qué quiere que le diga? ¿Que es tan extraordinariamente nueva en su forma y en su procedimiento que me da pavor la reacción que en el público pueda tener? Sí. ¿Que puede ser un éxito? Totalmente. ¿Que puede ser un fracaso? Pero de los más sonados, Miguel. Y mire que la obra es buena... Porque es buena, Miguel, la obra es buena, pero coño... No tanto como para que me quemem el teatro y yo luego diga: «Oye, pues sí y bien calcinado...». Pues no, Miguel, no... Tampoco es usted William Shakespeare, ¿sabe...?

MIGUEL. Pero...

PRODUCTOR. Mire, yo... Lo único que le puedo recomendar es que antes de estrenarla trate de publicarla primero... Así sabremos de antemano qué opina la gente. Y en caso de que quieran quemar alguna butaca, pues coño... Que quemem las de su casa.

MIHURA. Después de aquello aún tuve el valor de presentarla a un par de productores más. A uno no le gustó nada y al otro le pareció, sencillamente, la obra de un perturbado. Y yo... Yo por aquel entonces vagaba por las calles como el Banco de España... Sin dar crédito. No era yo uno de

aquellos jóvenes que llegaban al teatro queriendo acabar con todo lo viejo y criticando a sus antecesores, qué va... Yo leía una y otra vez a nuestros autores más grandes. Y me emocionaba, y lloraba de la risa con sus juguetes cómicos, con sus comedias, con sus sainetes... Y de pronto un día, sin quererlo, había escrito una obra rarísima, casi de vanguardia. Una obra que no solo desconcertaba a la gente, sino que sembraba el pánico en aquellos que la leían.

MIGUEL. A lo mejor es que soy tonto.

MIHURA. Pensaba yo, de forma totalmente desacertada...

MIGUEL. A lo mejor es que soy un inútil que no sabe escribir comedias.

MIHURA. Pensaba también yo, ahí sí, de forma totalmente acertada.

MIGUEL. ¿Cómo pueden decir que este humor es nuevo y peligroso...? Si esto es de lo más inocente que existe...

MIHURA. Si en aquel instante alguien me hubiera preguntado cómo me sentía yo en ese momento, probablemente, hubiera respondido...

MIGUEL. Me siento como un huevo de pato incubado por una gallina que, al nacer y criarse junto al resto de pollitos, se encuentra extraño y forastero.

MIHURA. Pero por suerte nadie me preguntó nada.

MIGUEL. Pero ¿por qué...? Es que no lo comprendo... Si yo entiendo las obras de todos... ¿Por qué nadie entiende la mía...?

MIHURA. Pasó el tiempo, tres años, en los que yo ya me olvidé de comedias, estrenos y productores, y me pasé al

cine que es donde verdaderamente estaba el dinero y las medias noches de jamón york. Empecé a trabajar como dialoguista en los estudios cinematográficos CEA. Y allí, como ingeniero de sonido, conocí a Luis Marquina, cuyo padre, el gran Eduardo Marquina, insistió en leer mi comedia. Y, para sorpresa de todos, le gustó. Le gustó tanto que se la mandó a Pepita Díaz y Manuel Collado, una de las compañías más conocidas del momento, que al recibir el texto por parte de Marquina enviaron como respuesta una carta que aún conservo.

Querido Eduardo:

Nos pregunta usted nuestro parecer sobre la obra que nos entregó de Miguel Mihura, pues ahí va: nos gusta mucho la comedia y la estrenaremos, si este señor no tiene prisas, en su momento oportuno. Porque lo primero que hay que hacer es saberla colocar. Es una comedia de un humor tan fino y tan nuevo que hay que preparar al público para que sepa lo que va a ver. En una temporada mala como la pasada, hubiera sido peligroso. Pero en una temporada normal, con una lectura a la que invitaremos a algunos críticos, hablando de ella en los periódicos y haciendo el autor un prólogo gracioso para que el público esté avisado, creemos que será un gran éxito.

Yo retengo en mi poder la comedia, y cuando sea el momento oportuno fijaremos el estreno.

Un gran abrazo,  
Collado.

Y entonces... Llegó la guerra.